

KIGALI (RUANDA): CERCA DE NUEVE MIL PRESOS, EN SU MAYORÍA HUTUS, VIVEN HACINADOS EN UNA CÁRCEL PREVISTA PARA DOS MIL PERSONAS

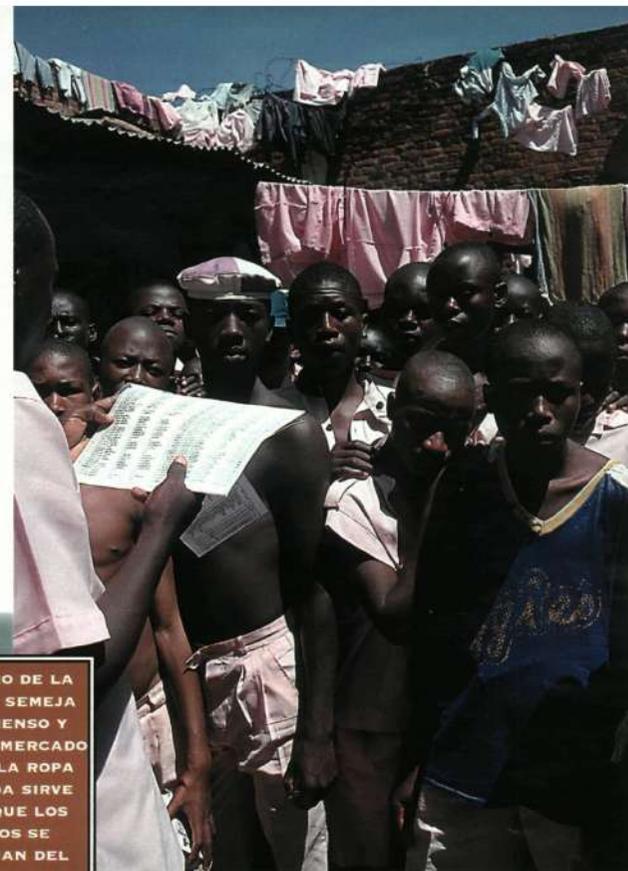
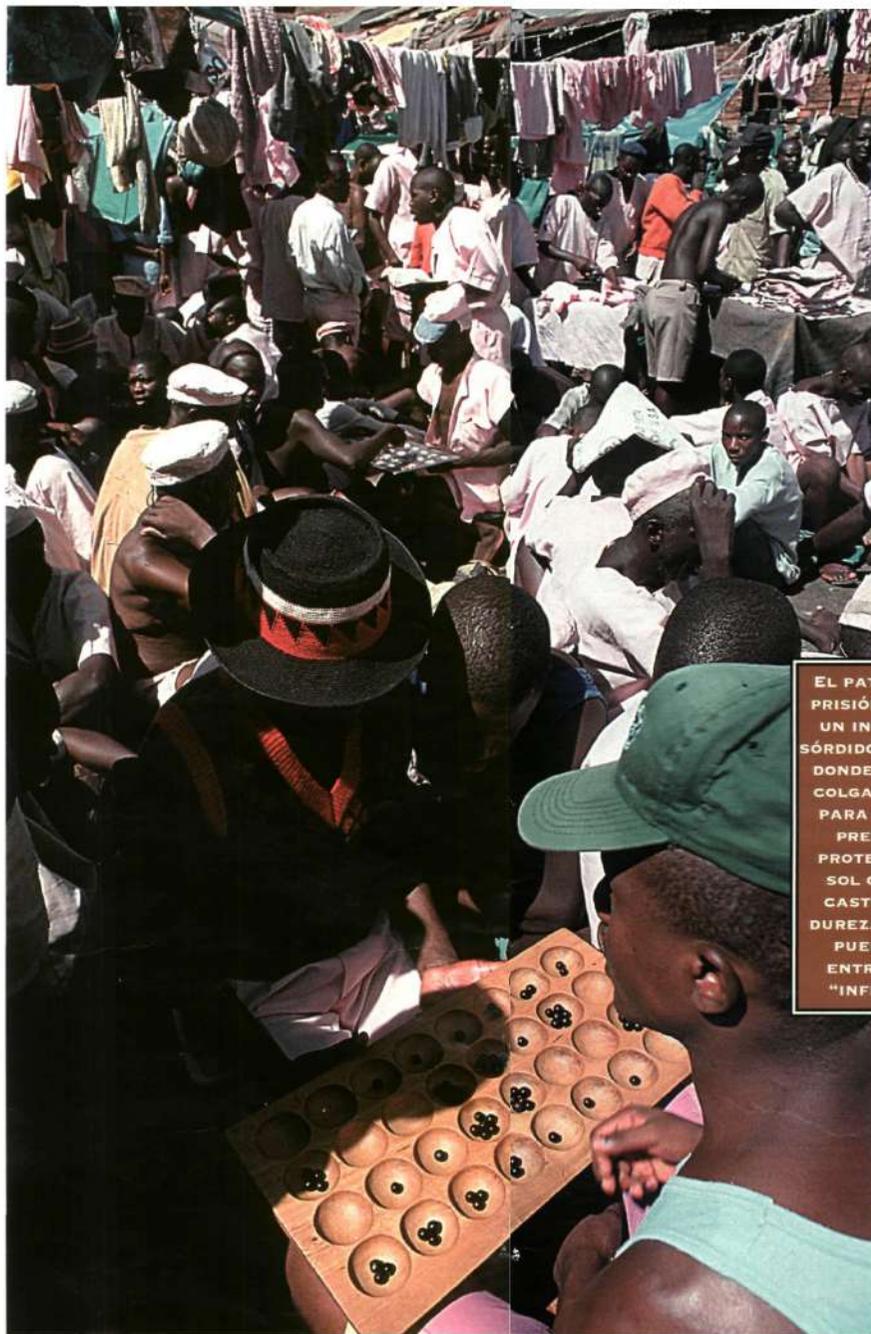
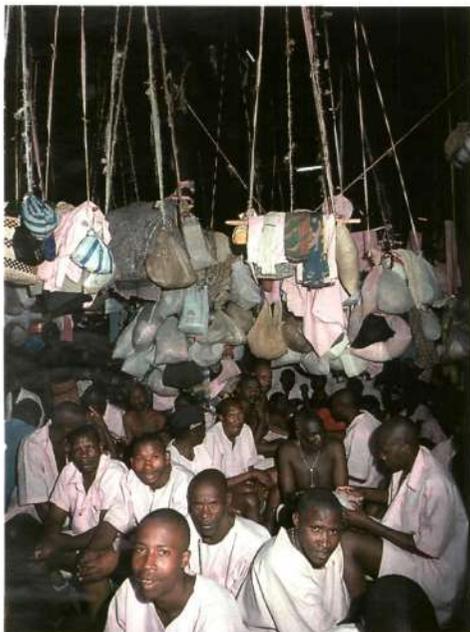
LOS PRESOS DE LA MISERIA



CHOCAN UNOS CONTRA OTROS. DUEMEN EN GRUPOS DENTRO DE PEQUEÑOS NICHOS TAPADOS CON CORTINAS, Y SÓLO TIENEN DERECHO A UNA RACIÓN DE COMIDA DIARIA. SON CERCA DE 9.000 ENTRE HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS. LA MAYORÍA ESTÁN A LA ESPERA DE SER JUZGADOS COMO PRESUNTOS RESPONSABLES DE LA MASACRE COMETIDA EN EL PAÍS HACE DOS AÑOS.



AUN ANTES DEL JUICIO SUFREN UNA CONDENA PREVIA: SOBREVIVIR DIARIAMENTE EN UNA PRISIÓN DONDE HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS PADECEN LAS PEORES CONDICIONES, AL IGUAL QUE OTROS 90.000 RECLUSOS REPARTIDOS POR TODO EL PAÍS.



EL PATIO DE LA PRISIÓN SEMEJA UN INMENSO Y SÓRDIDO MERCADO DONDE LA ROPA COLGADA SIRVE PARA QUE LOS PRESOS SE PROTEJAN DEL SOL QUE LES CASTIGA CON DUREZA. ABAJO, PUERTA DE ENTRADA AL "INFIERNO".



Los PRESOS DE LA MISERIA

JESÚS IBÁÑEZ
(TEXTO Y FOTOS)

Fueron muchos días de papeleos y conversaciones con el Ministerio de Justicia de Ruanda hasta conseguir un permiso definitivo para entrar en la prisión de Kigali, donde el 90 por ciento de la población reclusa está compuesta por hutus en espera de juicio por la masacre que cometieron en 1994. Con una capacidad para 2.000 personas, tras los gruesos muros de la

cárcel viven hacinados casi 9.000 hombres, mujeres y niños. Aun sin juicio, ya tienen una condena previa: sobrevivir diariamente tras las rejas, al igual que los otros 90.000 presos repartidos en las distintas prisiones del país. Cada semana, las cárceles de Ruanda se nutren de ochocientos nuevos reclusos.

Desde el exterior, la penitenciaría de Kigali aparece como una gran fortaleza —herencia de la época colonial—, de altos y empedrados muros. En la puerta central, flanqueada por dos torreones, se ve el cartel indicativo de la prisión y una fecha, 1930, lo que ya da alguna pista sobre las condiciones en que se encuentra el recinto. Tras ser recibidos por Muhatsi, el director del centro, cuatro vigilantes, con uniformes de color naranja chillón, se encargan de guiar nuestra visita. La ▶



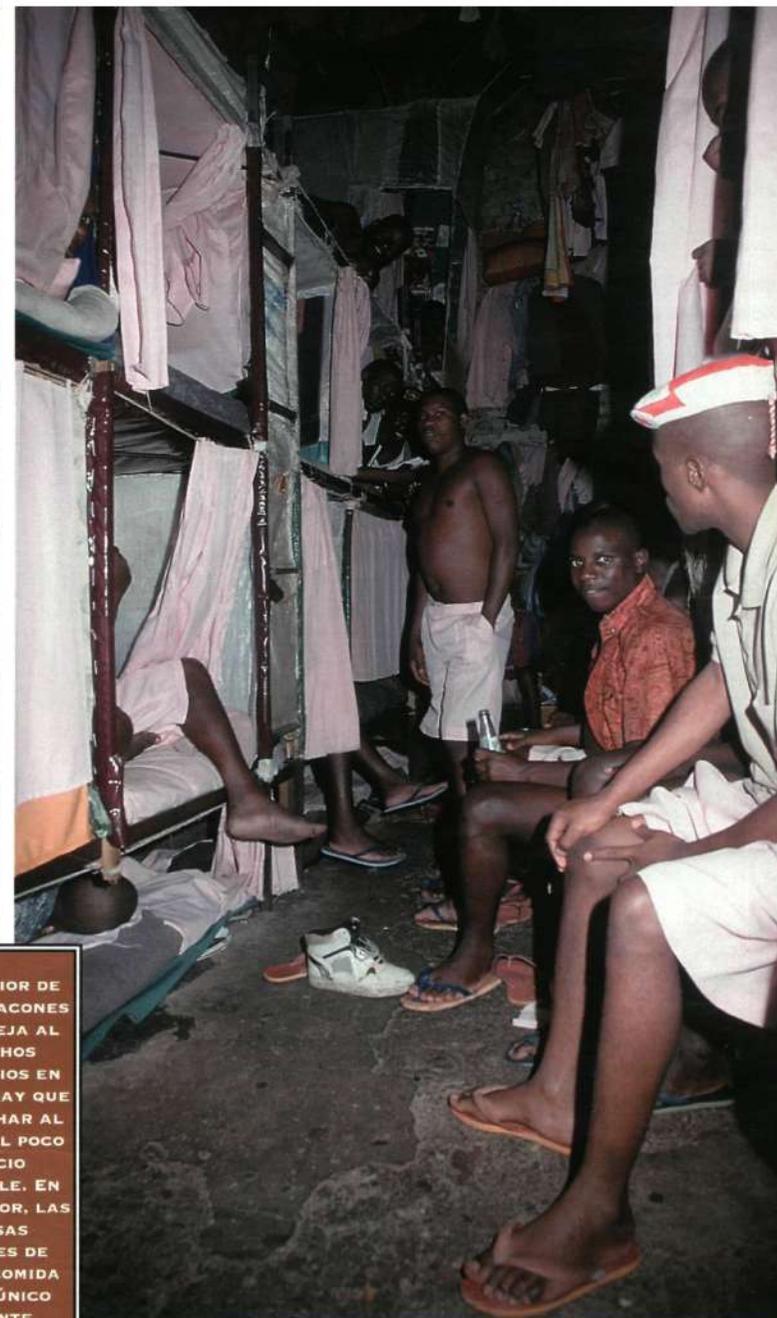
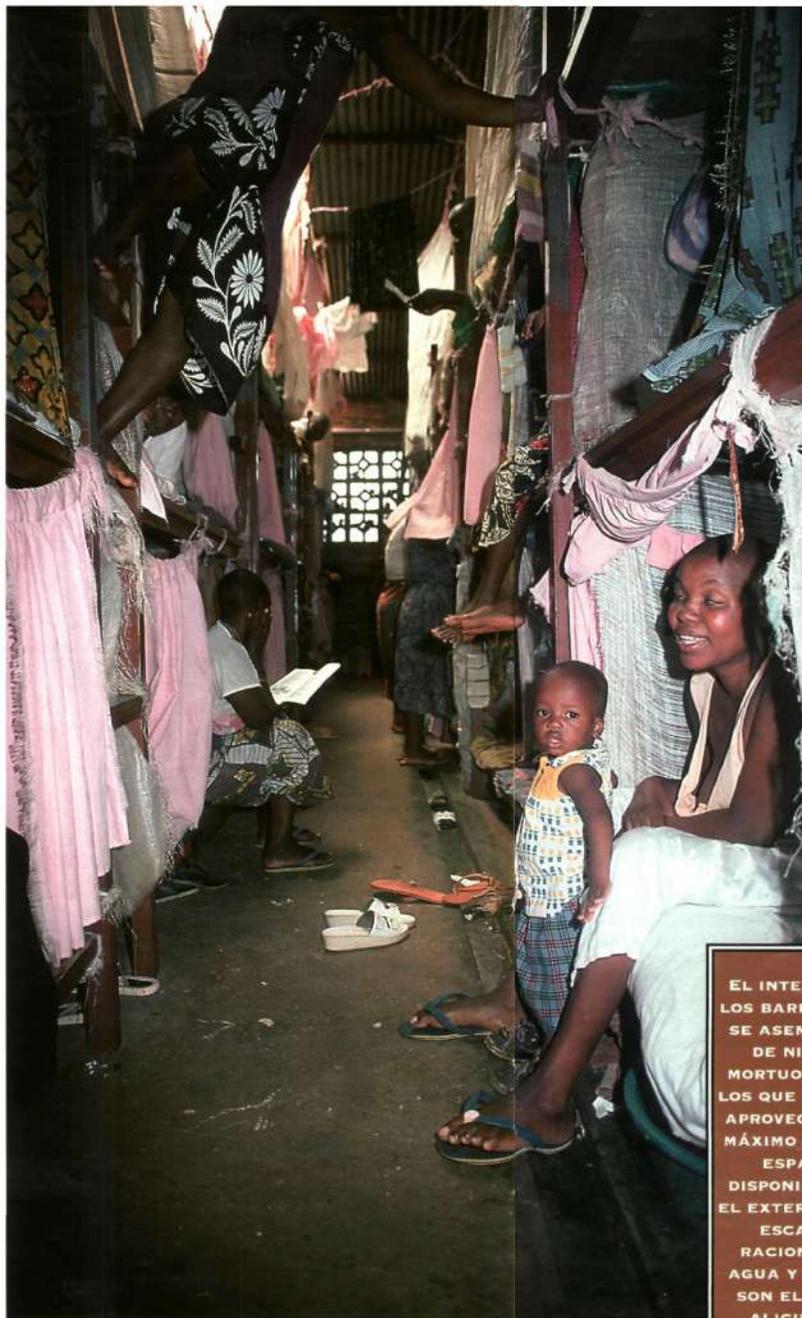
LOS PRESOS DE LA MISERIA

► atmósfera en el interior es densa, cuesta respirar. Tras atravesar un sombrío pasillo se llega al patio, muy parecido a uno de esos inmensos mercados que se pueden ver por toda África. Numerosas prendas de vestir cuelgan de innumerables cuerdas formando pequeños toldos, única forma posible de protegerse del sol que con tanta dureza castiga el país. Unos junto a otros, cientos de reos permanecen inmóviles, siguiendo con la mirada la novedad que supone nuestra visita y esperando la única ra-

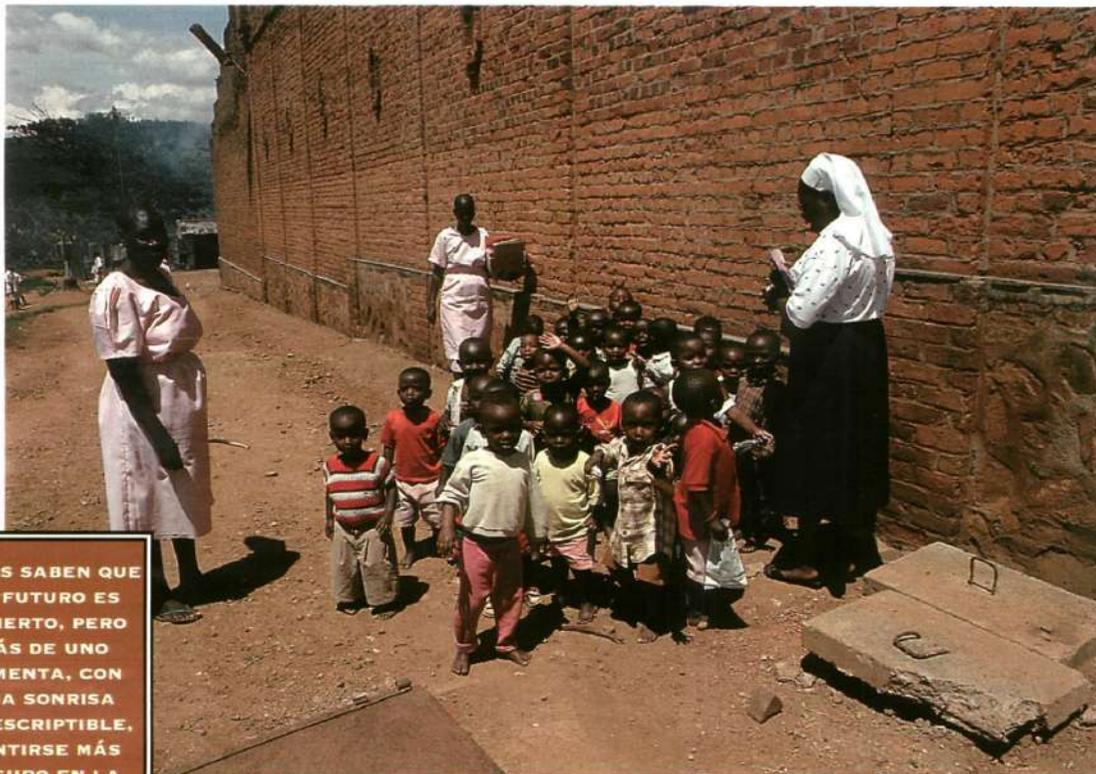
ción de comida que les dan al día. La quietud sólo se rompe en un rincón donde treinta reclusos arrodillados se afanan en enjabonarse rápidamente para no perder la escasa ración de agua que les ofrece un compañero, encargado de sostener la manguera.

Ya en el interior, las celdas —por llamarlas de alguna manera— se asemejan a nichos mortuorios, cuya entrada los presos se encargan de tapar con una cortina rosa confeccionada con jirones del uniforme carcelario. Tras ella se amontonan los reclusos, aprovechando al máximo el poco espacio de que disponen. Colgando del techo se pueden ver zapatos, enseres, ropas y unas pequeñas lámparas de petróleo que iluminan escasamente el recinto.

Cuesta hacerse a la idea de que muchos de estos reclusos son



EL INTERIOR DE LOS BARRACONES SE ASEMEJA AL DE NICHOS MORTUORIOS EN LOS QUE HAY QUE APROVECHAR AL MÁXIMO EL POCO ESPACIO DISPONIBLE. EN EL EXTERIOR, LAS ESCASAS RACIONES DE AGUA Y COMIDA SON EL ÚNICO ALICIENTE.



TODOS SABEN QUE SU FUTURO ES INCIERTO, PERO MÁS DE UNO COMENTA, CON UNA SONRISA INDESCRIPCIÓN, SENTIRSE MÁS SEGURO EN LA PRISIÓN QUE EN LA CALLE.



Los PRESOS DE LA MISERIA

ejecutados ahí fuera sin que les sometan a ningún tipo de juicio", asegura uno de los presos.

En el pabellón de mujeres, más desahogado por ser menor el número de reclusas que de reclusos, un grupo entona cánticos espirituales. Muchas de ellas sostienen a sus bebés en brazos. La visita termina en la zona destinada a los adolescentes, niños de entre 12 y 15 años que son sometidos a interminables interrogatorios para que delaten a los verdaderos responsables de aquella matanza de 1994. Quizá sus madres estén ahora iniciando el camino de regreso a Ruanda desde cualquier campo de refugiados zaireño. Quizá nunca vuelvan a verlas, o al menos eso es lo que parecen decimos con sus miradas.

► presuntos asesinos de miles de personas a la espera de un juicio que, según ha dicho el Gobierno ruandés, empezará a principios del año que viene, si bien se duda de que los procesados tengan las debidas garantías procesales.

Todos los que malviven tras las rejas saben que su futuro es incierto, pero más de uno comenta, con una sonrisa indescriptible, sentirse más seguro en la prisión que en la calle. "Muchos están siendo